

La espuma de los días

Gestos: ¿“lágrimas en la lluvia”?

José de la Colina

Cuando filmaba *Tierra de faraones*, su único filme “histórico”, a Howard Hawks se le planteó el problema de cómo harían los actores los gestos cotidianos de los antiguos egipcios, o al menos los de un faraón. Y es que si hubo millones y millones de personas completamente anónimas y transitorias, sin calidad de personajes, cuyos gestos pasaron por los siglos como aun más leves “lágrimas en la lluvia”, tampoco sabemos de la gestualidad de los personajes de la Historia antes de ser inventado el cine. ¿Cómo se movían, cómo miraban, cómo andaban, cómo miraban Sócrates o Cleopatra o Jesucristo o Alejandro o Cortés o Cuauhtémoc o el doctor Johnson o Napoleón...?

No conozco tratados o historias de la gestualidad humana, pero recuerdo a escritores que han querido captar y fijar los grandes o pequeños gestos de seres reales o imaginarios. En el desorden en que llegan a mi memoria, van algunos ejemplos:

Garcilaso, en un soneto lee un gesto de la amada como signo de una caligrafía y dice: “Escrito está en mi alma vuestro gesto / y cuanto escribir de vos deseo, / vos sola los escribisteis, yo lo leo / tan solo, que aun de vos me guardo en esto”.

Lichtenberg registró sesenta y dos maneras de apoyar la cabeza en la mano y describe un gesto del célebre actor Garrick, que en 1775 representaba a Hamlet en un teatro de Londres: “Solemnemente mira de lado hacia el suelo y luego retira del mentón la mano derecha (pero, si recuerdo bien el brazo derecho continúa apoyado en el izquierdo) y pronuncia las palabras *To be or not to be* en voz muy baja, pero, gracias al admirativo silencio del público, es oído por todos”.

Manuel Machado destaca el gesto (¿o pose?) espiritual, ¿o sólo elegante?, de un

hidalgo anónimo pero glorificado por el pincel del Greco: “En un gesto piadoso y noble, y grave, / la mano abierta sobre el pecho pone, / como una disciplina, el caballero”.



Winston Churchill

En un ensayo de *Cornucopia de México*, José Moreno Villa describe y dibuja, contrastándolos, diferentes gestos cotidianos de españoles y mexicanos: el gesto para indicar estaturas según se trate de hombre, animal o cosa, el de sugerir dinero o una cantidad de tiempo (el “tantito” y el “orita”), etcétera, y dice sobre un ademán de cortesía: “Cuando el español quiere agradecer algo, pronuncia las gracias acompañándolas con un asentimiento de la cabeza. En cambio, el mexicano que agradece un cigarrillo, por ejemplo, no tiene más que levantar la mano abierta, darle un giro de un cuarto de círculo y afirmar esta postura”.

Y... ¿se me permite ofrecer dos recuerdos míos?

En una tarde de 1972, en que, en Santander, España, sentado en una banca del

malecón, contemplaba yo la bahía, un viejo, al verme encender un cigarrillo, se acercó a preguntarme si yo era hijo de Jenaro de la Colina. Asombrado, le pregunté cómo había atinado, y se explicó diciendo que además del parecido que me encontraba con mi padre, se acordaba de que cuando estaban los dos en el frente republicano, durante la Guerra Civil, Jenaro solía hacer con la cera del cerillo una boquilla a los cigarrillos. (Qué problema escribir esto con esas rimas antiprosísticas: *illa, illo, illos*).

Y, anteriormente, en el verano de 1963, en La Habana, en un gran restaurante de mariscos que poco después sería la heladería Coppelía, los argentinos Mario Trejo (poeta y *globetrotter*), Laura Yusén (bailarina y poeta) y mi esposa María y yo, comemos “ruedas de atún” (un raro lujo entonces en Cuba, donde, si algo se podía masticar, casi no se podía comer y mucho menos paladar). Al establecimiento recién inaugurado llegan los comandantes Ernesto Guevara y Raúl y Fidel Castro. Rodeados de miradas y respetuosos cuchicheos, se sientan en una mesa cercana a nosotros y comen y discuten acerca de la dudosa “calidad revolucionaria” de una película checa o de la partida de beisbol que habrán jugado en Alamar. Cuando Guevara, desdeñando la servilleta de papel, se limpia los labios con la manga del uniforme (gesto tal vez adquirido durante la guerrilla en Sierra Maestra), Laura, bella y fina bonaerense bien educada, a quien acaso sorprende y avergüenza ese ordinario gesto en un afamado compatriota, le dice a Trejo:

—¡Pero... mirá a Guevara, qué modales!

—Y, bueno, Laurita, perdóná —susurra Mario—, pero has de saber que un revolucionario lo es en todo, hasta en el modo de comer los alimentos terrestres. **U**